

INTRODUCCIÓN



22 de mayo de 1883

Peyton se quedó clavada al borde del acantilado, observando cómo la bruma y las rocas engullían la silueta de Olivia. El salitre le escocía en los ojos, pero apenas lo notaba; bajo sus costillas, el corazón le martilleaba igual que la campana de alarma de un navío a punto de encallar. «Terca como una mula», pensó, apretando los labios. Levantó el ruedo del vestido, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso a Seabrook Manor. Cada paso que daba la alejaba más de su hermana. En su cabeza, la misma pregunta: «¿Y si esta vez la marea sube antes?».

Intentó calmarse recitando el vocabulario francés que Harriet les había dictado aquella mañana —*le miroir, la fenêtre, l'escalier*—; cualquier cosa servía para ahogar la imagen de Olivia atrapada bajo la bóveda de piedra de la Cueva del Cojo. Pero el miedo se filtraba entre las vocales francesas. ¿Qué debía hacer? Si la delataba, la furia de su padre caería sobre Olivia, pero la onda expansiva también la alcanzaría a ella. La arrastraría por el simple hecho de haber sido testigo.

Al traspasar la verja del jardín, el aroma de los rosales recién podados se le coló por las fosas nasales. Se obligó a respirar hondo. Sobre el césped, recién segado, Arthur degustaba una taza de té sentado en un silloncito metálico mientras hojeaba el diario.

Peyton se deslizó hasta la mesa de servicio, cogió un bollo humeante y se dejó caer en la silla más próxima. Le dio un mordisco exagerado; la boca llena la dispensaría de hablar.

Arthur alzó una ceja tras el borde del periódico.

—Veo que has hecho ejercicio —señaló los zapatos y los calcetines de Peyton con el mentón. Estaban cubiertos del polvo del camino que bajaba a la playa, un tono amarillento muy reconocible.

—¿Ejercicio? —repitió ella. Tragó a medias—. Sí, bueno... Harriet dijo que las hortensias necesitaban... Eh... aire fresco, y fui a airearlas.

Arthur parpadeó.

—¿Las hortensias?

—Sí, ya sabes, esas flores tan azules. Les sienta bien la brisa marina. Por eso he cogido el camino, para acercarlas un poco a... Bueno, eso... A la brisa marina —replicó. Volvió a dar un gran bocado al bollo, zanjando el tema.

—Curioso —cruzó la otra pierna sin apartar la mirada—. Juraría que esas flores crecen en las macetas que hay junto a la puerta del jardín que da a la cocina.

Peyton se atragantó.

—¡Oh, claro! —Tosió—. Pero hoy las he sacado a pasear.

—¿A pasear? —repitió él. Dobló el periódico con impaciencia—. Peyton, ¿a dónde has ido?

Ella abrió y cerró la boca un par de veces sin saber muy bien qué decir.

—Yo... Bueno, verás. Olivia quería... —titubeó, consciente de la trampa—. Quería estudiar la geología costera. Ya sabes, rocas, estratos... Cosas de eruditos. —Volvió a toser. Quizás lo más inteligente, pensaría más tarde, hubiera sido retirarse a su habitación o a la biblioteca. ¡Qué tonta!

—Olivia —gruñó Arthur— y el mar —dijo a la vez que dibujaba con ambas manos unas comillas en el aire—. Empiezo a atar cabos.

—¡No, padre! —exclamó Peyton demasiado alto—. No exactamente el mar, sino cerca del mar.

—Cerca... —Arthur golpeó la mesa con los nudillos—. ¿Está en la Cueva del Cojo?

A Peyton se le giró el estómago al oírlo en voz alta. Su silencio fue toda la confesión que Arthur necesitó.

El estallido no se hizo esperar.

—¡Esa muchacha me va a buscar la ruina! Va a estar castigada hasta los treinta —bramó. Se levantó y agarró a Peyton del brazo con la fuerza de un nudo marinero—. Y tú, por encubridora, ¡castigada también!

Caminaron a grandes zancadas por el sendero que llevaba a la playa. Peyton, obligada a seguir su ritmo, iba dando pequeñas patadas a las piedras; cada golpe, una punzada de culpa. «Olivia no volverá a confiar en mí. Y dejará de contar conmigo para sus aventuras. Tengo que aprender a ser valiente o, al menos, no tan cobarde...», pensó.

El cielo empezaba a teñirse de un gris nacarado cuando alcanzaron la orilla. El padre se plantó junto al agua con los brazos cruzados. Peyton se abrazó el codo que aún le dolía por la presión de los dedos de su padre. Un viento frío le alborotó el cabello mientras escudriñaba el horizonte en busca de su hermana.

Pasaron unos cuantos minutos que a la muchacha le parecieron horas. El graznido de una gaviota rompió el silencio justo cuando una figura emergió entre las olas. Peyton la reconoció al instante: gafas torcidas y aquel aire de desafío que ni la humedad lograba apagar. Al llegar a la orilla, Olivia tropezó y cayó de rodillas. Casi pierde sus anteojos. Peyton se llevó las manos a la boca, conteniendo un gemido.

—¿Qué demonios estás haciendo? —tronó Arthur.

Olivia se puso en pie y recogió su vestido sin levantar la vista. Al pasar junto a Peyton, la miró con los ojos encendidos.

—Lo siento —musitó Peyton, apenas en un aliento—. Se me ha escapado...

Olivia no respondió. Se limitó a vestirse con movimientos tensos y la mandíbula apretada. Entonces, empujada por la furia, alzó la barbilla hacia su padre.

Arthur levantó una mano y señaló el camino hacia Seabrook.

—A casa. Las dos. ¡Y olvidaos de la playa hasta que aprendáis a obedecer!, ¡o hasta que tengáis canas!

Peyton agachó la cabeza. La arena se le colaba entre los cordones de los zapatos a medida que avanzaba hasta el camino, pero el escozor que sentía era otro: el de haber traicionado a la persona que más quería. Mientras emprendían el ascenso, deseó con todas sus fuerzas que el resentimiento de Olivia desapareciera a la velocidad de la espuma que, en aquellos momentos, generaban las olas al romper en la orilla; pero también, en algún rincón de su pecho, una semilla germinaba: la decisión de no quedarse atrás la próxima vez. No por miedo a la ira de su padre, sino por no perderse la aventura junto a Olivia. Una nueva Peyton acababa de nacer, y ya no había vuelta atrás.

* * *

Las riendas descansaban firmes entre los dedos entumecidos de Graeme Ravenshade, mientras la fría bruma que reptaba desde el Támesis le calaba hasta los huesos. Estaba destemplado, consecuencia de haber pasado la noche en vela. Había abandonado, tan solo hacía una hora, la angosta sala del Royal Chest Hospital, donde el pequeño Jacob se debatía entre los accesos de tos y la fiebre. Cada espasmo que sufría el chiquillo le devolvía a la memoria a Duncan. La tuberculosis diseminada, implacable, lo había devorado hasta extinguir el fulgor de sus ojos a los treinta y dos años. Un mes —apenas un suspiro— y su ausencia se le aparecía en cada esquina.

«Jacob debe sanar», se repetía mientras mantenía a su caballo al galope. Si lograba salvarlo, el hospital apoyaría por fin el pre-

supuesto para un laboratorio dedicado a la tuberculosis; ese era el juramento que lo mantenía despierto cuando el cansancio se le posaba en los párpados cual plomo fundido. No había podido salvar a su hermano, pero quizá sí salvaría a Jacob y, con ayuda, quién sabe a cuántos más. Se lo había prometido.

Bastó un parpadeo. Un solo segundo. Un instante en el que las fuerzas parecieron abandonarlo. El carruaje atravesó un charco profundo; la rueda salpicó el agua con violencia y un abanico de barro se alzó en el aire. Graeme apenas lo advirtió hasta que un grito ahogado rasgó su oído. Frenó de golpe; el caballo resopló y él saltó al suelo con el chaleco desabrochado, la camisa entrea-bierta, la corbata ladeada y el pulso desbocado.

Una muchacha, rígida en medio de la calle, goteaba lodo e indignación.

—¡Por todos los santos! —exclamó la joven con la voz cargada de furia. Se sacudía el sombrero y el vestido, salpicando el barro que se había quedado pegado a sus ropas de un lado a otro—. ¡Pero qué demonios! ¡Maldito imprudente! ¡Mis mejores galas arruinadas!

Graeme se detuvo frente a ella. La forma en que lo increpaba, sin titubear ni un segundo, lo descolocó. Estaba acostumbrado a enfrentar situaciones complicadas, pero la energía de aquella mujer lo tomó por sorpresa.

—Tiene razón —dijo con la voz más calmada que pudo emitir—. Mis más sinceras disculpas.

Ella levantó la cabeza, y sus ojos, del color del cielo despejado, lo atravesaron. Entonces trazó un círculo con el dedo índice, señalando su chaleco desordenado y su corbata a medio colocar.

—¿Disculpas? ¿Cree que eso basta? —espetó—. Parece que acaba de salir de un burdel después de una noche de desenfre-no. ¡No debería correr a estas horas, y menos en su estado!

Graeme apretó los labios. Su primera reacción fue disculpar-

se de nuevo, pero la postura altiva y la manera en que las palabras salían de la boca de aquella mujer lo dejaron sin respuesta. Cuando encontró su voz, el tono era más bajo, casi solemne.

—Tiene toda la razón. No era mi intención. Lo lamento profundamente.

Ella agitó la mano, interrumpiéndolo con un gesto que daba por cerrado el tema antes de que él pudiera añadir nada más.

—No hace falta que vuelva a disculparse. Váyase a dormir la mona y tenga cuidado, no sea que atropelle a alguien.

Durante un instante, Graeme se descubrió estudiando la curva de su barbilla y la dignidad con que se recolocaba el sombrero, aun cuando el barro seguía escurriendo por el ruedo del vestido. Había algo eléctrico en aquella fiereza, algo que le recordó que la vida, incluso entre desgracias, todavía chisporroteaba.

—Haré lo que pueda, señorita. De nuevo, mis disculpas —dijo antes de regresar a la calesa. Graeme tomó las riendas y puso el carruaje en marcha, pero no podía apartar la imagen de la joven de su mente. Sus ojos, llenos de vida y rodeados de barro, brillaban con una intensidad que no había visto antes. Aún podía escuchar su voz mientras avanzaba por las calles de Londres. Y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió, aunque no supo exactamente por qué.

Barcelona, a 15 de octubre de 1888

Queridísima Peyton:

¡Cuánto te extraño, hermana! Cada mañana, antes incluso de que llegue el correo, ya ando pendiente de la puerta imaginando que asoma tu letra en algún sobre. Ojalá pudiera salir volando de esta silla y plantarme en Londres para darte un abrazo de los que crujen las costillas, pero, mientras tanto, aquí va mi crónica barcelonesa sin escatimar detalle.

Lo primero es lo primero: mi estado. La barriga crece, aunque todavía no es, de momento, tan grande como me esperaba. El médico calcula que ya debo de estar de algo más de cinco meses, casi seis. No hago más que imaginarme qué carita tendrá, el color de sus ojos... Nunca hubiera pensado que tener un hijo tan pronto, con las cosas que quiero todavía ver y estudiar, me trajera tanta felicidad. Y es que, aunque sea tarea difícil, pienso hacer todo eso con mi bebé a cuestas. ¡Lo tengo clarísimo! Seré madre, pero no se me ha acabado la vida. Bueno, eso lo dice Nico. ¿Sabes?, él anda convencido de que será una niña. Dice que la casa necesita «dulzura extra», pero no sé por qué a mí me da que será un varón. En cualquier caso, el bebé se porta bien: no me da antojos raros ni mareos, solo mucha hambre y sueño.

¡Ah! Puedes quedarte tranquila: mi vida social, a pesar del embarazo, sigue siendo un torbellino, sí, pero voy a todas partes escoltada por Nicolás o por Elena, abanico en mano. A la mínima señal de cansancio, me secuestran y me llevan a un diván para que me reponga con limonada. Me miman hasta decir basta.

Pasando a tu pregunta sobre Roseta: ¡está radiante! Mantiene ese aire reservado que la hace tan misteriosa, pero me huele a romance en ciernes. No quiere soltar prenda, aunque la he visto

esconder sonrisas al leer unas cartas misteriosas. Te lo confirmaré en cuanto desenrede la madeja, lo prometo.

He empezado a hablar algo de español y me he atrevido con un par de frases en catalán, aunque esto último solo provoca las carcajadas de Elena; como cuando me oye decir «M'agradaria un te, si us plau» con acento de la campiña.

Te encantaría Barcelona, la niña bonita del Mediterráneo; así la llama Nico. La ciudad es un hervidero de música, cafés y carruajes, y no te puedes llegar a imaginar lo inmensa, imponente y apabullante que es la Exposición Universal. Cada paseo es una aventura, y el mar no queda lejos: a veces bajamos al puerto a oler las redes que los marineros acaban de sacar del agua.

Eso me acerca a Seabrook Manor. El olor, el aire cargado de salitre, las gaviotas... me hacen sentir en casa.

Pero no es momento de ponerme nostálgica. Tengo algo que proponerte.

Nico, siempre atento, ha invitado a un amigo de la infancia, que resulta que es inglés y acaba de perder a su hermano. Cree que la Exposición Universal y el ambiente festivo podrían distraerlo y devolverle un poco de luz. Enseguida pensé en ti: ¿te animas a pasar unas semanas con nosotros? Si él trae a su amigo, ¿por qué no voy a invitar yo a mi mejor amiga y hermana? ¡Lo pasaríamos en grande! Empezaríamos con las maravillas de la Exposición Universal, seguiríamos con mañanas de mercado en la Boqueria entre pregones y canastos de fruta, dedicaríamos las tardes a contemplar los flamantes edificios del Eixample—dicen que la Casa Vicens es una maravilla hecha de azulejos—y cerraríamos la noche con una tertulia mientras la banda toca bajo los faroles del Passeig de Gràcia. Estoy segura de que padre no pondrá objeción alguna; bien podría acompañarte o, si lo prefiere, dejar que Anne viaje contigo para que no lo hagas sola.

En cuanto selle este sobre, escribiré a padre para allanarte el

camino. Además, Graeme partirá hacia Barcelona el 9 de noviembre; sería maravilloso que os unierais a él. Estaríamos más tranquilos. Nico hablará con él para acordar los detalles y yo me ocuparé de poner a padre en contacto con ambos. Así solo tendrías que empaquetar tu mejor sombrero.

Querida mía, cuento los días con impaciencia. Mientras tanto, escíbeme todo lo que se te ocurra: cómo están papá, Harriet, Sophie, Freya, incluso si los rosales han decidido dar otra flor tardía. Cada palabra tuya es un trocito de hogar que atraviesa el mapa y llega a mi corazón.

Te quiere con locura,
Olivia